Un Primero de Mayo por Simón Radowitzky!

LA ANTORCHA

Año IX — — — Número 290

Buenos Aires, Mayo 1 de 1929

SEMANARIO ANARQUISTA

Número suelto 0.10 Ctvs. — Subscripción trimestral $ 1.20

TODA CORRESPONDENCIA a DONATO A. RIZZO Venezuela 4146 - Rep. Argentina.

Saludemos, — en este día universal de la protesta y el dolor obreros, — en Simón Radowitzky al más alto símbolo de la fiera lucha nuestra contra la opresión y la tiranía; saludemos en él, en su vida gloriosa, sus veinte dantescos años de presidio atravesados bajo el castigo e inenarrables torturas, al héroe legítimo de nuestros más tiernos amores revolucionarios; saludemos cuanto significó para nósotros su entera persona moral, su acto vindicatorio, su misma bomba estallada reciamente, con todo el asco posible, en las patazas inmundas de la bestia policiaca; saludemos, por último, en Simón, el Simón Radowitzky por el cual se han escrito, vivido y cumplido cuatro lustros de historia obrera en el anarquismo combatiente de la Argentina, al mismo pensamiento de rebelión que nos alienta, nos ha erguido cara a cara a la infamia gubernamental y burguesa y levantará, bajo todos los cielos, las armas y las conciencias de la Revolución anarquista!

Saludémoslo e invoquémoslo en el alba de este Primero de Mayo de 1929. Ningún obrero u obrera, mujer u hombre del pueblo, agitadas sus vidas por todos los vientos de las reivindicaciones sociales, podrán salir a la calle en esta fecha universal de dolor y de luto, si no toman solemnemente — como algo superior a sus propias existencias, — la reivindicación, la insurgencia y el grito por Simón Radowitzky libre, en las plazas y los pueblos de la Argentina. El Primero de Mayo que los mandones y burgueses no quieran, hagámoslo nosotros, los obreros y anarquistas de esta tierra. Querrámoslo, y bajo el cielo de Mayo habrán vibrado todas las protestas, cruzado sus ámbitos todas las adoraciones.

Cuanto hemos luchado por su libertad, a través de veinte años, cuantos afanes hemos dedicado y ofrendado al vindicador anarquista, en seguimiento de su odisea de cautivo, debemos concentrarlos en la pelea grande de este día. Por él, por su definitiva liberación, por la próxima huelga general del 20 de Mayo, contra el torturismo penal argentino, el espíritu de una casta militar que lo condenó a lenta agonía y los sayones que cumplen fielmente, con vesánica saña, los artículados de una brutal sentencia, levantemos la acción y las muchedumbres de este Primero de Mayo.

Ni un paso atrás! Dijimos: un Primero de Mayo por Simón Radowitzky. Ahora que los hechos, que la voluntad revolucionaria llevada y puesta a combatir en la calle, complemente dignamente este saludo estampado al frente de la página anarquista!

EN ALTO LOS CORAZONES Y LAS BANDERAS!

Nuestro bravo Bartolomé Vanzetti, llegado a la certeza de que viviría su último Primero de Mayo, saludó en 1927 con estas mismas palabras de valor y de fe a los proletarios, los caídos conocidos o ignorados, los que marchaban sin un desmayo por las vías dolorosas del exilio, todas las víctimas del capitalismo y el Estado presentes o futuras o ya idas en el recuerdo, y les trasmitió su augurio de un feliz devenir próximo, a pesar de las horcas, las represiones y el vendaval de reacción que azotaba al mundo. En alto los corazones y las banderas! Los palpitantes y febricientes corazones de los insurrectos, las rojas y negras banderas de la rebelión y la protesta. Mensaje único, echado a todos los vientos posibles, nosotros debemos convertirnos en sus albaceas para recogerlo y enarbolarlo más alto, más lejos aún, en el presente trágico de este Primero de Mayo circuido de tiranías en casi toda la tierra, donde la represión ha alcanzado aspectos incalculables y las cifras de los caídos, de los desterrados y los prisioneros en esta cruda guerra social de todos los días cuéntanse por millares.

Estamos, pues, frente a un Primero de Mayo en el que no caben las posiciones marginales a la índole honda de la protesta obrera y revolucionaria, la sola página ni las flores recordatorias para los caídos que fueron, sino en un día destinado a despertar, con toda la pasión y la fe, una altísima resurrección posible en los corazones y las almas de los proletarios volcados a la calle, unos en seguimiento de sus partidismos políticos, otros por mera liturgia, pero pocos, muy pocos hombres, para extraer del mismo fondo indistinto de la protesta obrera un destino para el pueblo. Pero si reducidos, estos revolucionarios diseminados a través de toda la tierra, pueden, empero, con valor y con fe, como Vanzetti en el mensaje de su último Primero de Mayo, enarbolar y lanzar a todos los vientos su férvido y combatiente augurio de insurrección y de esperanza: en alto los corazones y las banderas!

Afirmemos, los pocos que seamos, cuantos nos sepamos fuertes tanto ante el fracaso como ante la victoria, la voluntad revolucionaria de este día. Proyectémosla a un destino de rebelión y de pelea. Mucho puede contar, para la historia anarquista y obrera, un Primero de Mayo vivido con fuerza, con intensidad y fe únicas. La Argentina y América toda, en aquellas partes donde la voz rebelde pueda ser expresada, llegan a este Primero de Mayo de 1929 con una amenaza creciente: la guerra; con una realidad crudísima que golpea por igual a todos los revolucionarios y ha devorado o amenaza devorar las mejores energías rebeldes: la dictadura, la tiranía y una represión bestial bajo la que la vida humana ningún significado tiene para los déspotas. De nosotros, los obreros y anarquistas de la Argentina, donde existe aún una relativa posibilidad de propaganda, de acción y ayuda, debe partir el firme propósito de erguir, para todos los pueblos de América, esta altiva bandera de solidaridad y de lucha, asida fuertemente por nuestras manos y portadora de fe y confianza en una insurrección próxima. Momento único para los combatientes de la guerra social, este Primero de Mayo debe encontrarnos los primeros en el riesgo, las avanzadas y la audacia del pensamiento revolucionario.

En alto los corazones y las banderas! Herederos de los caídos, de Parsons, Spies, Fischer, Engel, Neebe y Ling, el bravo Ling, que prefirió matarse antes de entregar su cuerpo a los verdugos, no estamos para recoger sus despojos, sino para traducir sus palabras, sus últimas palabras que aún continúan retumbando en la historia, en hechos, en acciones revolucionarias. Cumplamos así este Primero de Mayo: con corazones y banderas en alto, — fe y esperanzas, — y el empleo fecundo de nuestras energías para alcanzar en América una nueva época, que cerrará todo el oprobio, la barbarie y vergüenza del mundo presente.

RECORDACION DE MAYO

Era aun un Mayo lleno de sol.

De todas las galeras industriales de la gran república irrumpían, concordes, una constatación y un propósito: "se trabaja demasiado, se trabaja diez, doce, catorce horas al día, diez y seis horas en ciertas factorías, en algunas otras se trabaja sin medida, a discreción del negrero; y la tregua fugaz no basta siquiera al necesario reposo, y menos a darles el sostén de un consejo a los niños que nos roban, igualmente infaustas, la calle o la escuela o la iglesia, a confortar con una sonrisa a la pobre esclava del hogar; a vivir una hora, a través del libro y el periódico, el latido que agita los corazones e hincha la esperanza del proletariado internacional en la remota, negada más fatal resurrección."

"Cuando por un pan que no llena las necesidades, por una vida que no tiene sonrisas de alegría, rayos de libertad, promesas de bienestar ni tan sólo de seguridad; cuando por una fatiga retribuída con penurias y desprecios, nosotros demos a los explotadores ocho horas de nuestra jornada, daremos todavía demasiado: *"desde mañana, Primero de Mayo, no trabajaremos más que ocho horas."*

❁

No pidieron al patrón, no suplicaron a los parlamentos, no quisieron para su bravo propósito el bautismo de la ley, no quisieron para la bravía agitación a la que encomendaban el triunfo, el consenso de la policía y de los tutores del orden.

Ni aun la solemnidad estéril y humillante de los inútiles decretos; una entente fraterna y un empeño viril: a comenzar de mañana, cuando hayamos cumplido la octava hora de nuestro trabajo cotidiano abandonaremos la fábrica, el astillero, la mina, sin cuidarnos de lo que diga el patrón, de las amenazas que estallarán bestiales de los sucios labios de los guardachusmas; sin imprecar a los que permanezcan en el yugo y la pena, mansos, resignados, inconscientes de la traición que consuman en odio a nuestra causa y a la propia.

¡No trabajaremos más que ocho horas a comenzar de mañana!

Y mantuvieron el empeño, victoriosamente!

❁

Y pagaron con sangre, entre la metralla y la horca republicana, la audacia temeraria y el triunfo sobornador de toda perdición: con sangre en Milwaukee, con sangre en Chicago.

Diez mil huelguistas celebraban, frente a la gran fábrica de máquinas agrícolas de Mc Cormick, su victoria y juntamente la impotencia del negrero odioso para conservar en su presidio inmenso, con el débil centenar de reclutas, el útil fervor y la titánica respiración del ordinario trabajo.

Dentro, se sofocaban en la vergüenza, humillados e impotentes, los vampiros; dentro se estremecían embriagados los pretorianos del capital, los esbirros del Estado desenfrenados por la orgía, espoleados por la recompensa a toda la bestialidad de la vocación.

Fué el estrago, el estrago improvocado, salvaje, espantoso. Ni aún hoy osan los verdugos del capital y del orden enumerar las víctimas; ni aún hoy, después de veinte y siete años, los viejos trabajadores que se salvaron, han olvidado todo el horror.

Ni han olvidado tampoco que si al llamado de Augusto Spies hubiesen los grupos de vanguardia, que estaban en aquellos días compactos y concordes, respondido con igual audacia el 5 de Mayo de 1886, hubiera el entero régimen burgués sufrido sacudida tan formidable, de no recobrarse más, de quitarle en todo caso el deseo de las horcas infames del 11 *de noviembre*.

Pero aun los mejor inspirados, aun los más sinceramente devotos a la emancipación del proletariado, no saben en la hora de la prueba librarse de los escrúpulos y de las dilaciones de la moderación y de la piedad; y en la guerra, en la guerra social sobre todo, no hay para los pioneros obstrucción más funesta que este bagaje cristiano, que este viático nazareno. Mejor permanecer en casa cuando iniciativa, coraje y audacia están corroídos por estas reservas, por estas incertidumbres perniciosas.

❁

Augusto Spies no las tenía. En tierra, sobre la calzada, deshechos por las descargas de la metralla, bajo la pezuña de los caballos, en el instante trágico de la salvaje agresión, había visto despedazadas las pobres carnes en girones de sus compañeros de lucha; entre las víctimas laceradas por la jauría esbirresca había contado mujeres y niños. Con esta visión en los ojos escribió la noche del 4 de mayo el llamado del *Arbeiter Zeitung*:

"La guerra de clase ha comenzado.

Ayer se ha fusilado a nuestros compañeros de trabajo.

La duda no es posible ya: los tigres que nos gobiernan están ávidos de la sangre de los que sudan.

Pero los trabajadores no son ovejas, y responderán al terror blanco con el terror rojo.

Mejor la muerte que languidecer en la miseria.

Ya que se fusilan trabajadores, respondamos de modo que nuestros patrones se acuerden de ello por mucho tiempo.

La necesidad nos impone esgrimir las armas.

Ayer, mientras nuestras mujeres y nuestros niños lloraban a los esposos y los padres caídos bajo la metralla, en los suntuosos palacios los ricos levantaban los cálices espumantes de vinos libados a la salud de los bandidos del orden.

Enjugad las lágrimas, mujeres y niños que lloráis!

Tened corazón, esclavos!

Insurgid!"

Al llamado respondieron quince mil, veinte mil huelguistas que durante toda la jornada del 5 de mayo contuvieron la lujuria homicida de la policía borracha; pero a la noche, cuando la policía se lanzó en masas compactas al asalto, apareció que bien pocos habían recogido del llamado de Augusto Spies la voz y el significado; a las densas escuadras de esbirros armados de fusiles de repetición, la multitud respondía ingenua con las tradicionales pedradas y algún revólver venerando y herrumbroso. Uno solo entre la multitud tuvo conciencia lúcida del momento y del medio, y lanzando sobre el primer pelotón de ciento veinticinco polizontes una bomba, y haciendo en él el estrago e irritando hasta el paroxismo del terror a los supervivientes, logró detener la furia de la policía por algunos minutos.

Si él no hubiese estado tan desesperadamente solo, no habríase cerrado la jornada en el estrago ni habría la agitación de las ocho horas culminado en la tragedia judicial que es de todos conocida, y que atenúan tan poco las tardías rehabilitaciones del gobernador Altgeld, que estrago sangriento o irrisión judiciaria tiene ya en todas las aglitaciones su obligada réplica.

❁

En todo tiempo, doquiera. En Croten Dan, por las gargantas de Idaho y del Colorado, por los valles de Kanowka, en Lawrence, donde el estrago de las mujeres y de los ecbos encuentra la impunidad; en Little Falls, donde las oficinas de expedición de la Phoenix Mill son transformadas en los *in pace* del Santo Oficio por el sadismo del jefe de policía Long, y... la severidad de los tribunales domésticos no es más que para las víctimas; en Paterson, donde Modestino Valentino es, sin provocación, sin pretexto, acribillado por la metralla, donde las mujeres se ponen cárdenas por los apaleamientos, donde los niños no encuentran más que puntapiés en el vientre; en Hopedale, donde Emilio Bacciocchi es muerto por los genízaros del general Draper tan sólo porque no quiere plegarse a las extorsiones ladronas del innoble vampiro; en Manchester, donde a los detenidos se les mata de inedia; en Auburn, donde se tortura hasta la locura a los reclusos; en Little Falls, donde recrudecen el caballete, los tirones de cuerda y el látigo; — no es siempre la antigua, recidiva, específica, habitual, tan crónica como impune criminalidad contra la que lanzaba, hace veinte y siete años, Augusto Spies su impetuoso llamado a la insurrección desde las columnas del "Arbeiter Zeitung"?

Dique escaso al desborde del sistema — cuyo derecho al estrago y al secuestro de los rehenes lo